Mariló Montero

El corazón de las mujeres no tiene reglas

EL CORAZÓN DE LAS MUJERES NO TIENE REGLAS

MARILÓ MONTERO

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mariló Montero, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.temasdehoy.es
www.planetadelibros.com
Primera edición: noviembre de 2014
ISBN: 978-84-9998-452-0
Depósito legal: B. 22.427-2014
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Printed in Spain-Impreso en España

Índice

Introducción 15

1. Pequeñas historias de grandes mujeres 21

En voz alta 27
Carmen 29
Soledad 30
Isabel 32
Mario y yo 33
Gabriel y Mari Carmen 35
Liu Ping 36
Matilde 38
«Pobra» Mónica 40
Señoras de servicio 42
A Marina y Macarena 45
Gitana 48
Aprender a vivir 53
Las dos cuerdas del tendedero 55
Escuela de pobreza 56
Del arrepentimiento 58

Somos una frase 59
A la memoria de ella 61
El osito sudanés 62
Ver o no ver 64
En lo negro hay luz 65
El crimen de la calle Buckinghamshire 67
El último SMS 68
Hable con ella 70

2. Con nombre propio 73

Saber que se puede 79
Reina Letizia 81
Irene Villa 83
Soy la mujer más bella del mundo 85
Estrella 87
Palabras de agua 89
Ingrid Betancourt 91
Lina 92
Malala 94
Charlize Theron 95
Una mujer al frente 97
Angela Merkel 99
Oprah Winfrey 100
Anne Perry 102
Viajar en Paloma 104
Presidentas de presidentes 105
El silencio de la reina 107
Los vecinos de Old Greenwich 109
Dilma Rousseff 111
Zapatos 113

3. Corazón coraza 115

¿Mi delito? Ser mujer 117
La mujer y el sexo 119
Productoras del hogar 122

Tatas a cien 123
Número infinito 125
El delito 127
Viaje con nosotros 128
Y a ellos, ¿no les decimos nada? 130
¿Y las mujeres? 131
Nueva masculinidad 133
¿Arte o sexismo? 135
Embarazos 136
Abortar o no abortar, esa es la cuestión 139
Sábanas sin ley 143
La maleta de Marta 144
Un camino por recorrer 147
Otro porqué 149
De rodilla hacia abajo 150
Maltrato salarial 152
Obligadas y obligados 153
Segundo empoderamiento 155
Sacrificios de mujer 156
«Paso *dao*, paso *ganao*» 158

4. Sin reglas ni fronteras 161

Ojos que no ven 167
Por su libertad 169
Los intocables 170
El ojo que no ve 172
La gravedad de la belleza 173
Kamalari 175
Shadia desvelada 176
Amina 178
La pequeña Buraidah 179
La familia y uno más 181
China sin chinas 183
El alma de su rostro 184
Ojos verde esmeralda 186
Solo te han violado 187

Habitaciones vacías 189
Asesinos 191
La inhumación prematura 192
El pequeño José Andrés 194
Rafita, nombre de criminal 195
La duda 197
Los ojos de Bretón 198
Marta y Alba 199
Marta, ¿dónde estás? 200
Querida Alba 205

5. *Imagine* 215

Cazadores de sueños 219
El ángel rubio 221
El hambre puede acabarse 222
El don de Javier 224
Joseph Kony 225
Vea, sienta y no lo consienta 226
La tragedia que nunca ocurrió 228
Niños terroristas 229
Soy lesbiana 231
Gurugú, monte de Venus 232
¿Dónde estás, Dios? 235
Mirando con el alma 241
Salvemos al hombre 243
El misterio de Ciudad Juárez 244
A la lumbre de la muerte 247
Salir del armario 249
Mujer y medio ambiente 250
Ay, Haití 254
Mujer y poder en los media 255
Lola Álvarez 255
Deja que los muertos entierren a los muertos 258
Carlos 260
El silencio de la libertad 261

Epílogo 267

En voz alta

En voz alta es, precisamente, lo contrario de lo que se va a encontrar en este capítulo: la voz baja con la que hablan muchas mujeres o el silencio con el que callan por temor a clamar sus sufrimientos o contar su realidad, la que pudiera hacerles parecer indignas. En voz alta habla del mensaje que una madre da a sus hijos a la hora de morir; de la lección que Soledad ofrece a sus familiares, quienes ni siquiera la llamaban por teléfono para ver cómo estaba; de una madre, de las que llamamos coraje, que con su lucha ha conseguido ayudar a centenares de familias que no saben cómo hacer avanzar a sus hijos autistas; de una joven que vive una preparación física tan dura como la de un varón, con un gran aguante profesional ante la inclemencia; del dolor de la viudez y de una madre que, por las noches, a escondidas, recoge comida de los contenedores para que sus hijos no descubran que ya no pertenecen a la misma clase social de antes.

Cuento en voz alta lo que ellas sienten en silencio o dicen en voz baja.

Carmen

Dejó de pasear del brazo de su esposo después de que un tropiezo con una raya pintada en el suelo la tirase al piso. Carmen comenzó a sospechar algo malo cuando unos inquietantes calambres en las manos le empezaron a impedir pintar más cuadros a plumilla. En secreto, consultó en una enciclopedia que presidía el mueble del salón todo tipo de enfermedades con síntomas espasmódicos como los que sufría en sus extremidades. Aunque nunca pudo ejercer su carrera de enfermería, su curiosidad vocacional era perenne. También su sigilo profesional. Jamás confesó el cruel diagnóstico a sus hijos ni a su marido, que seguía recriminándole por haber roto la costumbre de pasear juntos los domingos por la tarde ante los escaparates de la plaza de su pueblo.

¡Traiga un vaso de agua!, le dijo el apiadado especialista a su enfermera. El doctor pretendió que, con una bocanada de agua, la hija de Carmen tragase la apocalíptica noticia que acababa de anunciarle: a su madre le quedaban cuatro años de vida. Y fueron cuatro años de reloj antes de que el de Carmen estancara su pitido, agudo e interminablemente lineal, en el monitor colocado a la cabecera de su cama en la uci.

Carmen nunca perdió la dignidad durante el tortuoso tratamiento. Los medicamentos de la Unidad del Dolor de la Clínica Universitaria de Navarra la sumían en un profundo adormecimiento que le impedía ser consciente de la vida que brotaba en su casa. Sus hijos se iban casando. Los nietos empezaban a llegar y solo gracias al ingenio de los suyos podía acurrucarlos. La rareza de su enfermedad se convirtió en la comidilla del pueblo y llegó a oídos de un estudioso doctor dedicado a investigar enfermedades raras para las que no existen tratamiento y cuyas víctimas son desahuciadas de los hospitales. Eso le regaló unos meses de vida

y moderó sus dolores sin perder la conciencia. La enfermedad la zarandeó hasta la extenuación: la tiró mil veces al suelo y se reventó los pómulos otras mil porque sus manos carecían de reflejos para protegerse del golpe. Derribada en la cama, la imparable enfermedad seguía sofocando la vida que quedaba en su cuerpo.

En la silla, situada siempre al lado de su cama, se sentaban todos: su marido, sus hijos, sus amigos…, todos los que la adoraban. Un día, alguien se sentó allí. Cogió sus manos, le miró a los ojos y le preguntó: ¿quieres la eutanasia? Carmen parpadeó dos veces: eso significaba un «no». Con los mismos ojos, que eran su voz, empezó a elegir las letras imantadas de la pizarra con la que se comunicaba con los suyos y explicó: «Morir es muy duro, pero es lo que desea el Señor. Piden la eutanasia para las enfermedades incurables: la vida es incurable. También hay que saber morir». Y Carmen murió dignamente, como había vivido. Como una señora.

Soledad

Sobre la lápida descansa un epitafio: «Dios hará justicia con los que te hicieron daño». Y bajo ella, descansa, en la tumba, su autora, Soledad Hernández Rodríguez. Una señora cuyo rostro maduro detuvo su envejecimiento a los setenta y ocho años. Todos los ojos de quienes han conocido su esquela miran ahora la piedra intentando taladrarla para poder dejar de imaginar cómo era el rostro de Soledad. ¿Acaso sus arrugas labradas durante setenta y ocho años se formaron ascendentes por las secuencias de una vida gratificada? ¿O quizá eran de tal hondura que guardaba en ellas la biografía desgraciada de una vejez amargada por los abandonos? Soledad descansa en paz aunque su vida, ahora, se haya descubierto que fuera un tormento. Sonríe levemente, Soledad, en su lecho eterno al abrigo de los satenes blancos del ataúd que

la cobija mientras permanece con la mirada cerrada y ya inquebrantable por cualesquiera de las nuevas noticias que se produjeran en el exterior. Sonríe porque sabe que hoy sus hermanos e hijos se asoman al cementerio para increparle una explicación ante semejante vergüenza popular. Mientras se revuelven los demonios entre las barrigas de los agraviados, Soledad duerme abrazada por sus manos laboriosas que durante tantos años remendaron, amaron o recriminaron a quienes ahora buscan respuestas a su leyenda. Ahí está su cuerpo sosegado disfrutando plácidamente de la tranquilidad por haber dejado sobre la tierra las cosas bien hechas por una madre que sigue educando a sus maduros hijos. Maduros, solo de edad si son ciertas sus últimas palabras. Dicen los forenses que los cadáveres hablan más que los vivos. Soledad con pocas líneas ha dicho lo que calló durante mucho tiempo de su vida. Si ahora perdona a los familiares por haberla abandonado cuando más los necesitó durante su larga y penosa enfermedad durante la que no recibió, según dicta, el más absoluto gesto de cariño, ellos han de sentir la pena por el arrepentimiento y la orientación de atender a los mayores tanto como a los bebés y niños. Ancianos que aprenden a caminar, pero con todos los dolores. Mayores que aprenden a comer, pero con todas las indigestiones. Mayores que se enfrentan a dormir en medio de noches sin el consuelo del cálido abrazo que calme el terror por el insomnio. Soledad se llamaba y en soledad murió. Decía un cuento que en un cementerio solo había lápidas blancas con los nombres de los fallecidos y un número a su lado. Por las cifras tan bajas, el visitante pensó que en aquel pueblo solo morían niños. Los habitantes inscribían al morir las horas de felicidad que habían disfrutado durante su vida. Soledad no ha dejado una cifra, pero la idea de renovar los epitafios nos ayuda a reflexionar sobre nuestros comportamientos. Amén.

Isabel

Las madres antiguas son una especie a extinguir. Afortunadamente. O quizá, después de haberme encontrado con una de ellas, creo que debería rehacer ese enunciado y precisarlo en algo así como que «las esposas antiguas son una especie a extinguir». Afortunadamente. Lástima que las que quedan, que aún son muchas, terminen sus días sin haber podido desarrollarse en la vida como ellas hubieran soñado, deseado o necesitado.

Todo es compatible. La vida propia junto a una pareja y la responsabilidad de educar a los hijos. El otro día, digo, conocí a una de ellas. Esas de las que te abren la puerta de casa y tratan de que su intimidad, vivida durante sesenta años, nunca se delate más allá de la cancela de la puerta. Una mujer que, tras el saludo inicial, me contaba que dos días antes de recibirme se había caído rodando por las escaleras de su casa y, mostrándome las magulladuras, sonreía con unos labios que no son más que la cara que su marido le enseñó a ofrecer y a quien seguía atendiendo.

Una cosa es preservar la intimidad de la familia y otra anular a una persona. Esa mujer ha asumido la confusión de lo que era ser madre con ser ella misma. Nada de lo que le rodea estaba en el interior de su maleta de soltera. Ni sus sueños de jovencita, ni tampoco las ilusiones que pretendía. Su pareja la trata al antojo de su carácter. Hay hombres, maridos, a los que les resulta muy cómodo tener en casa a una mujer para todo y que piensan que están recompensadas de tanto vacío con la dedicatoria de unas pocas líneas en la biografía de su vida, en la que, por supuesto, ella no ha sido mentada. Eso ya no se lleva. Esa imagen que veneramos con nostalgia cuando nos duele en lo más hondo del corazón recordar a nuestras madres, esa imagen debe ser desterrada para dignificar a todas esas mujeres que han sido anuladas como individuos y nunca recompensadas con respeto. Aquellas que en su lecho de muerte sacan el valor para confesar un epitafio

de su sufrimiento. ¿Es necesario que se mantenga esa imagen de esposa y de madre? O es muy cómodo seguir cultivando a una persona que se convierte en una esclava legal para nuestras necesidades emocionales y egoísmos personales. Haga el favor de mirar si tiene en casa a una madre así, a una esposa parecida. Pregúntele desde la sinceridad de su corazón si es feliz.

Si hay una especie de la que yo desearía su extinción, sería precisamente de esta. La de la mujer que deja de ser porque otro quiera que sea para él y cuya imitación se hereda en los hijos, que reproducirán la misma imagen. Se puede ser madre, y esposa, siempre que se erradique ese machismo que aún habita entre nosotros y que aún se cultiva. Al finalizar la larga entrevista con el personaje, a quien realmente había conocido era a quien estuvo siempre en silencio: a ella.

Mario y yo

Hoy he estado con Mario. Estoy enamorada de él desde que le conocí hace tres años. Yo temía que se asustara si él llegaba primero a la cita y veía que la terraza del hotel donde habíamos quedado estaba llena de sillones de moda vacíos, por lo que me adelanté y, a pesar de ser una señora, prefería esperarle yo. Quería asegurarme de que no se asustase al verme. Ya sabe, muchas mujeres piensan que hay hombres que huyen, por algún temor que les espanta al conocerte. Hice bien, me pedí una copa de cava, me tumbé en una hamaca blanca mientras tomaba el sol de mediodía esperando a que el reloj marcara nuestra frontera. La puerta abierta de la terraza dejó que se colara su exclamación ilusionada al mencionar mi nombre. Y yo pensé: Mario me quiere. Nos abrazamos en cuanto estuvo en la terraza y disimulé que ya había tomado dos copas de cava. Permanecimos en un eterno abrazo. La eternidad se mide en función de la resistencia emocional de los

síndromes de cada individuo y, como Mario a sus cinco años tiene autismo, su abrazo duró la vida que tiene la Luna. Le conté el cuento de Ana María Matute en el que la Luna se lleva al niño navegando entre el cielo estrellado. Lo convertí un poco, porque la atención de Mario, por su autismo, es limitada y mis seducciones debían ser sinceras, pero breves. Quedamos para hacernos una sesión fotográfica para la revista *Lecturas* porque la lucha que lleva encabezando su madre, Amaya Ariz, desde hace cinco años es admirable. Ha publicado un libro, traducido a varios idiomas, y tiene un proyecto cinematográfico en marcha sobre el trabajo que hace con Mario, sobre lo solos y desahuciados que se sienten los padres cuando los médicos desconocen el diagnóstico. Amaya, además de crear la Asociación ANA, ya de ámbito internacional, ha marcado un hito histórico llevando a la cámara de Estrasburgo, al mismísimo Parlamento Europeo, el tema del autismo. Así, impulsó a eurodiputados, comisarios, presidentes de comunidades y todo lo que se puedan imaginar que camina con corbata y trajes de chaqueta por el Europarlamento para que crearan un protocolo compuesto por veintitrés preguntas que los padres deben hacerse en cuanto sospechen que su hijo falla en algún comportamiento común y ahorrarse una inútil peregrinación médica: ¿Le gusta a su hijo que el adulto le haga el «caballito» sentándose en sus rodillas? ¿Le parece demasiado sensible a ruidos poco intensos, se tapa los oídos? ¿Alguna vez ha pensado que su hijo podría tener sordera?

Hoy he quedado con Mario y he aprendido de su madre: le he dibujado una sucesión de recuadros sobre un papel para que supiera qué queríamos hacer. Dibujé un espejo, luego a él y a mí, y un corazón sobre el cristal con nuestros nombres. Cuando lo dibujó él solo, su madre se puso a llorar. ¡Mario pintó un corazón!, ¡él solo! Y Mario es lo que es por el amor de su madre, Amaya.

Gabriel y Mari Carmen

Gabriel, en bata, junto a la ventana. Fuera, la lluvia. A sus ochenta y ocho años, él ya ha visto tantas aguas... Llueve sobre esta calle como hace décadas llovió sobre Suiza cuando emigró para trabajar. Le ha quedado una «paguita» de aquello, le gusta decir a él, y con ella va tirando. También llovía el día de su boda. Ya no recuerda fechas, y del casorio podría darnos apenas dos datos: el nombre de su mujer, Leocadia, y que en efecto llovía. Pero de Leocadia, en esta casa, ya solo quedan su ausencia y su ropa, que sigue colocada en su lado del armario. Y en sus cajones. Ordenada. Como esperando a que ella regrese. Leocadia murió hace dos años, y aunque ciega, sus ojos siempre iluminaron los días de Gabriel.

Él se mesa el pelo. Ese pelo blanco de los mayores que ya casi exhibe la certeza de que no sobrevivirá al peine actual. La boca se le abre, Gabriel mastica el aire. Y con las manos tomadas por un temblor de semilla aparta el visillo. Bajo un paraguas, apresurada, ya viene Mari Carmen, sorteando los chorros de los canalones y los regueros que se tejen sobre las aceras.

Tiene llave. Y, cuando entra mascullando contra la lluvia, con ella pasa el olor de la tierra mojada propio de estos días. Huele como el día de su boda y como olía en Suiza, aunque Gabriel no lo recuerde.

Él se levanta, pero Mari Carmen le insta a permanecer sentado, a acomodarse mejor en el sofá.

—Siéntese, Gabriel, que yo voy a poner el cocido y mientras se hace le hago la habitación y el baño. ¿Tiene más ropa? Ponemos la lavadora entonces. ¿No ha tomado el café? Si le dejé ayer una cafetera llena…

Pero él prefiere que sea ella quien se tome el café. Sentada, tranquila.

—Pero, hombre, cómo me voy a sentar a tomar un café. Entonces, ¿quién hace las cosas? ¿No se ha cambiado el pijama? Si también le dejé el pijama limpio doblado, en su cajón…

Gabriel lo que quiere es charlar, contarle cosas, decirle que se despertó todavía de noche y que se sentó a escuchar las noticias. Pero como Mari Carmen no para y ahora está en la cocina trasteando con el cocido, allá que la sigue él, para contarle otra vez lo de sus sobrinos, que se lo llevaron a Valencia cuando enviudó, pero que le cogían dinero de la cartilla y que lo dejaron pelado y que por eso se volvió al pueblo.

Mari Carmen asiente, le sigue la charla aunque ya se sabe la historia. Y así será durante todo el tiempo que ella permanezca en el piso, trabajando a contrarreloj. Qué va a hacer. No lo va a dejar solo. Él no quiere irse a ningún sitio, tampoco con las monjitas. «Yo me quedo aquí, con Leocadia, mientras me pueda valer…».

Mari Carmen ya no cobra de la empresa que daba asistencia a Gabriel. Asistencia social. La deuda obligó a despidos, a reducir la ayuda. Pero ¿cómo va a dejarlo, qué trabajo le cuesta a ella, piensa, darle una vuelta al hombre todos los días? Pobrecillo.

Su cocido, su baño limpio, su cama hecha, su pijama doblado. Cómo van a permitir que la crisis, o como se llame esto que han inventado ahora, deje a la intemperie a Gabriel. Que llueva fuera, pero no dentro de su casa, sostiene Mari Carmen.

Multipliquen esta reflexión por un millón. Tantas son las personas dependientes. Y no son un número ni un efecto colateral de la macroeconomía. No pueden serlo. Que llueva cuanto quiera, pero no sobre ellos.

Liu Ping

Con la delicada liturgia de una sigilosa geisha, Liu oculta su identidad bajo el maquillaje blanco. El afeite debe borrar cualquier realidad para trasladar a los espectadores a un mundo fabuloso. Cada noche perfila las líneas de sus ojos, exagerando su belleza oriental dieciochesca para que

sea percibida desde el último rincón de la platea circense. Después esculpe su figura delicada y enérgica en una malla oceánica para realizar su acrobacia diaria en el número *Ballet of light*, del Circo del Sol, donde ocho contorsionistas brotarán en cadena vertical sobre la mínima base de la punta de un pie. La danza sobre la luz, escenificada sobre una docena de bombillas iluminadas, hincadas en una diminuta plataforma, expresa con figuras humanas que lo imposible no es cierto y que se convierte en verdad por el esfuerzo del Ser.

El otro día, Liu y su tropa manaron tras el telón en un vertiginoso puzle carnal cuando, al segundo compás de la música, una lámpara de cristal, en un latigazo traidor, desobedeció su trayecto contra la cabeza de Liu, donde se hizo añicos. La efigie humana se desintegró con tal finura que el público, desconcertado, ni siquiera espetó el gemido de un gato dolorido. Las acróbatas recompusieron de inmediato su semblante. La punta del pie sobre la bombilla, la pierna izquierda edificada en paralelo al tronco y el pie en ángulo recto contra la oreja como base para otra equilibrista que acomodaba la puntera del suyo. Y al final, la bella sonrisa de un maquillaje oriental que comenzaba a desvanecerse en lágrimas.

Liu soportaba la interminable función sumergida en el intenso dolor con un gesto sonriente, mientras un surco incontrolable de sangre aniquilaba la imposible fantasía y exteriorizaba la verdad de lo real. Lágrimas taciturnas de una acróbata que negaba el mal y anteponía la profesionalidad. Sin dolor no hay triunfo. Liu se convertía en el símbolo de cientos de gimnastas, trapecistas, contorsionistas, acróbatas, funambulistas, que dedican su vida a retar a la tortura, a convertir en varas de goma sus huesos, a forzar las rótulas hasta el giro completo, a que las contorsiones no encuentren límites en el movimiento. Liu y su tropa, además de un fascinante espectáculo, desbordante de bellezas inverosímiles, son ejemplo del trabajo continuo, de la disciplina, el sacrificio, y demuestran que el dolor es algo íntimo e intransferible.

Liu Ping finalizó a la perfección su obra. El espectáculo se

suspendió unos minutos para ser atendida por el servicio de urgencias. Una mopa borró los cristales rotos que hacían peligrar a las gimnastas. El espectáculo continuó y en el momento de los aplausos finales, Liu no salió a recibirlos. Había sido trasladada al hospital, donde le pusieron tres grapas en la cabeza; una cicatriz que será callada tras un maquillaje blanco tan silencioso como los pasos de una geisha.

Matilde

Hoy ha vuelto al cementerio. Matilde va al cementerio cada semana, en ocasiones varias veces durante la misma semana. Y es que ella siente que su marido está tan presente que aún le sigue hablando y llorando. Lleva en su mano el ramo de flores con sus colores favoritos, el blanco y el rojo, los de la pureza del amor que definen el que se profesaba entre la familia y la pasión del amor, con una rosa, que se reserva para ella. Cuando se sienta sobre el césped observa con detenimiento la lápida clavada en el suelo. Matilde reescribe con la punta de su dedo cada letra del epitafio que tanto le costó redactar para tratar de ser justa con la definición que se eternizará como el sello de identidad de su marido: «Eres mi amor. Nuestro referente y nuestro guía. Permaneceremos siempre unidos. Te queremos y amamos». Las lágrimas brotan de sus ojos serenos porque Matilde no es una plañidera vestida de negro que llora como una mujer palestina desgajada por el asesinato de su hijo adolescente durante un bombardeo, ella deja que la saliva de su garganta se derrame por los ojos, que el sudor del corazón brote por su cara inflamada debido a la consternación, deja que sus nervios a flor de piel se conviertan en un único punto de dolor en la cabeza, donde le duele la certeza de que está ahí abajo, a pocos centímetros de su mano y tan imposible de poder verlo sentado en el salón de casa, donde poder continuar donde dejaron su última charla. Ahora cumplen su

treinta y cuatro aniversario de boda. Por dos meses no han podido celebrarlo en su restaurante favorito. Hoy la mesa donde se reúnen para la conmemoración es de piedra, tiene un bello jarrón de flores frescas y el mantel es verde como la pura hierba. Matilde se siente feliz junto a él, quien no ha podido levantarse para disponerle la silla para que ella se sentara en la mesa, pero no ha faltado galantería: han hablado de cómo está él yéndose al cielo, poco a poco. Le ha dicho que cuando ella estuviera preparada, él subiría definitivamente para sentarse a leer en una estrella. Y ella se ha visto reconfortada escuchando su voz nítida y clara, varonil, la de su hombre: un *gentleman*. Ha besado sus labios tras la piedra. Ha llorado. Ha sonreído. Se ha sentido plena y vacía y plena y vacía y plena otra vez. Le ha dicho que lo quiere, que lo ama y que sabe que él, siempre, estará ahí. Hace poco que se ha quedado viuda, por lo que no es consciente de ello ni de lo que significa. Matilde no será viuda hasta que ella lo determine y lo sienta internamente. Ese momento llegará cuando nazca de manera espontánea o automática la necesidad de comenzar una nueva vida por la que querrá borrar la enfermedad de su esposo, cambiándose de piso y rompiendo su doloroso escenario. Emprenderá su camino cuando le apetezca comprarse ropa nueva y pueda permitir que alguna ilusión entre en su vida. No digo que otro hombre deba ser quien le ayude a recuperar el sentimiento de la felicidad, ni mucho menos. Un hombre o una relación estable nueva no es necesaria para que una mujer pueda vivir en plenitud. No manejo estadísticas ahora, pero presumo que son menos las mujeres viudas que vuelven a contraer matrimonio que aquellas que vuelven a hacerlo. Será cuestión también de si eres una mujer mantenida o al contrario, que como Matilde eres una mujer moderna, culta, con talento, inteligente, bella, autosuficiente, serena y con un buen puesto de trabajo ganado a pulso por sus incansables horas de estudio, esfuerzo y sacrificio personal. Así que, a Matilde, ni a muchas otras mujeres, no les es vital tener otra relación independientemente de tener una edad estupenda para ello. Una vez superadas las etapas naturales para madurar esa ausencia dolorosa, lo que llegue de más

será lo extraordinario. La viudez no es como un tubo de líquido que deja vacía tu vida y que haya que rellenarlo por obligación. La viudedad es el estado nominal para una mujer cuyo marido falleció. Es cierto que la viudez magnifica tu vida matrimonial pasada, pero en el caso de Matilde era real. Al menos, ella lo hizo real. Eran la pareja casi perfecta. Ahora, Matilde lleva el luto con gestos disimulados de una serena actitud a pesar de que las noches en casa le resulten tortuosas y lóbregas con un alma deambulante. Me he fijado en otro detalle revelador: el toldo de su ventana. Él, durante su enfermedad, siempre lo tenía recogido del todo, permitiendo que la casa se llenara de luz y para poder disfrutar, además, de cada detalle del edificio de enfrente. Yo creo que estudiaba cada ladrillo de su fachada hasta diagnosticar una catalogación magistral sobre la arquitectura. Él nunca bajaba el toldo. Ella, ahora, sí. Cada día que paso frente a su casa, lo miro y parece que hay un trozo menos de ventana despejada, o sea, más oscuridad en el interior del hogar, donde, hoy, Matilde piensa que lo duro no es que su marido se haya marchado, lo duro es que ella se ha quedado aquí esperando volver a verlo.

«Pobra» Mónica

Solo nosotros, usted y yo, sabemos que Mónica alimenta a sus hijos con comida que recoge de la basura. Se vio abocada a ello cuando hace dieciocho meses le dieron el alta por una neumonía que la obligó a dejar de limpiar las casas en las que trabajaba. Entonces nadie la volvió a contratar, puesto que, debido a la crisis, la gente prefiere limpiarse sus propias casas antes que gastar dinero. Con esos cuantos euros, Mónica conseguía sumar la cantidad suficiente para pagar el alquiler del piso, los estudios de sus hijos, que ahora trabajan en una empresa química, la comida y sus ropas. Pero con los 300 euros de pensión ya no le llega ni para empezar el día.

Los padres desarrollan unas habilidades magistrales con las que inventan una vida irreal con tal de evitar que sus hijos sufran una humillación. Mónica se moriría de vergüenza si sus hijos, las novias de sus hijos o los propios vecinos se enterasen de que dos noches a la semana abre con sigilo la puerta de casa y de puntillas baja las escaleras que le permiten escapar del bloque. Hasta que no está lo suficientemente lejos de su barrio, no se relaja un poco. Para Mónica, la manera de hacer la compra ha cambiado y se ha vuelto del revés. Si antes la hacía de día, ahora la hace de noche. Si antes cruzaba la puerta hacia el interior del supermercado, ahora espera a que cierren las rejas de las puertas de atrás para abrir los contenedores donde han sacado los alimentos a punto de caducar. Si antes pagaba unas monedas a cambio, ahora el precio es el de su dignidad.

Mónica nos ha descubierto la mutación que sufre la ciudad, las ciudades de España, cuando se levanta la manta de la noche. Cientos de nuevos pobres, entre los que se encuentran separados, padres de familias que lo están pasando mal, extranjeros, inmigrantes, parados, salen de madrugada a hurtadillas de sus hogares para pillar algo de comer. En este nuevo mercado alimentario, también se han creado clases que se distinguen por las calidades de los restos. Desde la comida basura a la comida que han dejado en la basura. Muchos obreros —sobre todo, los de los supermercados— tienen el mimo de fregar los contenedores y separar los productos a punto de caducar para que el trance sea lo menos repugnante posible. Algunos empleados de restaurantes dejan junto a sus cubos con restos bolsas de bocadillos preparados que de madrugada desaparecen entre peleas en menos de diez minutos. Esta es la zona donde predomina el perfil del nuevo pobre trajeado que no sabe cocinar; a la de los supermercados van las mujeres —aprendices de «pobra»— para coger detergentes, embutidos o latas a punto de caducar y en las zonas donde se tiene menos cuidado y donde la basura es tal acuden los mendigos inmunizados en cuerpo y espíritu por la vacuna de los años. La pobreza de Mónica nadie la conoce, ni

siquiera quienes siguen chupándose los dedos con sus comidas de las sobras tan sabrosas.

Señoras de servicio

Quiero rendir homenaje a todas las mujeres que trabajan en nuestras casas. Las que se convierten en madres de nuestros hijos, a tiempo parcial o internas, a aquellas que nos cocinan y sirven la comida en la mesa, a las que vienen un puñado de horas a nuestro hogar para limpiar nuestras suciedades… En resumen, a las mujeres que nos sirven. Lo que antes llamaban con un tono más humillante: «sirvientas». Tengan en cuenta que son, si todo discurre con normalidad, mujeres que metemos en las paredes donde se vive con libertad nuestra intimidad más absoluta. Aunque parezca que lo hagamos con los ojos cerrados. Cuando nos disponemos a contratar a alguien para que haga las tareas del hogar por nosotras y así nosotras poder desarrollar nuestra profesión, entrevistamos con una tremenda exigencia el físico, el pasado, las referencias y la personalidad de la mujer. Hablo más de las mujeres porque los hombres que sirven suelen, incluso aquí, tener mayor diferencia de trato. En ellos no es habitual que tengan que lavar nuestra ropa interior. Los varones suelen tener por goleada la función de mayordomo, cargo que les aporta cierta clase. Decía que, al contratarlas, abrimos los ojos buscando todo tipo de referencias para elegirlas. Una vez empleadas, las tenemos a prueba por cada gesto o acto y tarea que hagan sobre las labores. Cualquier defecto, por nimio que sea, lo magnificamos y no tardamos en comentar con nuestras amigas lo mal que hace las alubias o que has encontrado tras la puerta del salón una bola de pelusa por el polvo acumulado. Una vez superada la prueba, es decir, cuando nos ha gustado cómo trabaja la señora, suele establecerse, aún en el siglo XXI, una relación donde se trata con cierta supremacía a la empleada. He visto hogares

donde las «chicas» latinas, rumanas o españolas comparten mesa y mantel con la familia, para quien es ya una más de la casa. Otras, en las que se les trata de usted con una educación digna de distinción y por último a los que las tratan como si estuvieran viviendo en siglos pasados. Abrimos mucho los ojos a la hora de elegirlas, pero hay casos en los que, una vez que ya están conviviendo con ellos, casi ni les miran a la cara. Les hablan de soslayo, como si algo se le fuera a contagiar o como recordándoles que les estamos haciendo un eterno favor por el que siempre tendrán que estar agradecidas. Pero quiero hacer el esfuerzo de interiorizar el papel de una de estas mujeres: por ejemplo, una mujer colombiana. Muchas de ellas dejaron su país, su familia, sus propios hijos, sus costumbres, vidas que quedaron atrás desgarradas por el llanto. La necesidad económica sumada al sueño de que en España había trabajo bien pagado, por lo que podrían enviar dinero mensualmente a sus hogares. Hoy me voy a meter en el pellejo de Gloria. Gloria es limpiadora en un gimnasio. Todos los días debe realizar el mismo trabajo. Friega las duchas con cepillos de dientes para que, después de ser usada por una clienta, la ducha luzca como recién estrenada. Gloria me contaba lo doloroso que fue haber tenido que dejar en su país a su hijo, que quedó a cargo de sus padres. Imagínese lo que tiene que ser llegar a su casa y hablarle a una fotografía cuyo rostro te mira fijamente con el mismo semblante, pero no escucha tus palabras de amor ni tu necesidad de abrazarlo. Sin esposo ni hogar para ella sola, pues su precaria economía le obliga a compartir piso con desconocidos. Pero ¿qué vida? ¿A qué precio? Para ella es igual un miércoles que un domingo. Vive en España como si caminara de puntillas. Pidiendo por favor y perdón por cosas minúsculas. Y los hombres: ¡ay!, algunos hombres… Un día me contó que le gustaba un muchacho. Luego que consiguió una cita con él. Y el lunes le pregunté que qué tal le había ido. Se sentía ilusionada porque empezó a imaginarse cierta estabilidad emocional. Pasaron los días y volvió a salir el tema, esta vez porque la vi triste. El muchacho, español —y quiero subrayar la nacionalidad en este caso— ya no daba señales de vida. La despreció. Discurrie-

ron un par de meses y Gloria me confesó que él la había vuelto a invitar a bailar. Pero ella, mordiéndole el estómago, le espetó con esa voz dulce de las latinas: «seré latina, pero no puta». Fue la manera de reivindicar su dignidad ante un varón que solo la quería para solventar la falta de conquista del fin de semana. El caso de María es diferente. Trabaja como manicurista de casa en casa. Camina por toda la ciudad arrastrando su estuche de pinturas, pero al menos vive aquí con su esposo y sus dos hijos. ¿Sabe qué me llamó la atención de ella? Además de ser una mujer muy organizada, profesional, respetuosa, discreta, prudente y digna, es una excelente madre, pero consciente de que vive fuera de su país. Lo que más me gusta es cómo está educando a sus hijos, quienes ya están estudiando la carrera gracias a las becas que se han ganado con mucho esfuerzo. Un día, escuché a María contar cómo les recomendaba a sus hijos que se desenvolvieran por la capital. «Sean prudentes, no llamen la atención». Los latinos enseguida se pueden ver envueltos en alguna bronca que termina en una grave pelea por un puñado de xenófobos que no aceptan la igualdad de derechos entre nacionalidades diferentes.

España es la casa de todos y todos hacemos así a España. Por eso quería rendir homenaje a todas las mujeres que nos sirven, sea donde fuere. En su casa, en un bar, en unos lavabos, en un centro de ocio… Seamos, por Dios, respetuosos con todos, pero, si cabe, sobre todo con ellos. Muchos lavan sus vergüenzas y se las callan. ¿Ha pensado alguna vez en qué imaginará ella sobre usted cuando coja sus braguitas del cesto de la ropa sucia o su calzoncillo y luego esté jugando con sus hijos o sirviéndole la cena? Yo he tenido a dos mujeres en mi casa, fundamentales para mi vida y la de mis hijos. La Tita y María José: ambas españolas y con sus respectivas familias perfectamente estructuradas. A las dos, a mi Tita y mi María José, les quiero dar las gracias porque sin ellas nada en mi refugio hubiera sido igual. Simplemente fueron perfectas y, para mí, unas hermanas. Solo Dios sabe por qué quiso separarnos.

A Marina y Macarena

Sé que Pili y Antonino querrían que pudiera describir con las palabras acertadas aquello que lograse definir qué es perder a tu hija. Que se muera en tus manos sin poder tapar el agujero de la muerte por donde se le escapa la vida a raudales. Quisiera poder convertirme en el pellejo que abraza sus corazones, que es donde duele la pérdida de una hija, para aunarme a su dolor porque entiendo que si eres capaz de sentir lo mismo que ellos, se les puede ayudar más todavía.

Duele la ausencia de una bella mujer (de una joven) de ojos claros, amplia sonrisa, dulce palabra y muy vivaz. Duele también en la boca del estómago al observar con embelesamiento el brillo melancólico de las luces que adornan los árboles de Navidad o, simplemente, mientras alguien se tira a la piscina en pleno verano y les suena a cómo Marina se lanzaba al agua rompiendo la tapa de la laguna familiar. Duele la ausencia de otra criatura que dedicaba la mayor parte del día a estudiar la carrera con la que poder ayudar a un sector frágil de la sociedad. Macarena quería dedicar su vida a los más indefensos. Otro proyecto de vida abortado por la inexplicable enfermedad de una joven que mató a sus padres por el dolor de la pena. Una falleció con treinta y pocos y, la otra, Macarena, con veintiún años, por enfermedades que no nos da la gana comprender. Ni tiene explicación la de Marina, que debió ser por un cáncer linfático; ni la de Macarena, porque no hay más de dos casos como los de ella en el mundo que se supiese. No sé, me da igual, el caso es que se han ido al cielo las dos. Ambas eran mías: quiero decir, Marina era mi amiga y Macarena había sido la tata de mis hijos, quien se vino a vivir a EE. UU. conmigo para ayudarme en su cuidado.

Me imagino a Pili en una actitud hacendosa al ir preparando los desayunos de su familia y, de repente, sobrevenirle la fría certeza de que ha de hacer uno menos, mientras en ese maldito momento, en el que se le aparece su imagen nítida, ha de detener una convulsión muscular interna previa al llanto, que frena para

que nadie la vea sollozar. Se lo traga. ¿Por qué detenemos ese lamento cuando nos adviene? ¿Es que hay algún día en la vida en el que a uno le deje de doler la muerte de un hijo? Y así, por muchas personas que se sienten a su mesa, su marido, otros hijos, nietos, amigos, Pili seguirá viéndola vacía. Tampoco ayuda a superar que no ha de volver a meter en la lavadora la ropa de Marina como cuando lo hacía con mimo después de que esta hubiera regresado de uno de sus múltiples viajes. Volverán sus ropas, que por sentirla más cerca ahora usa su hermana, al cesto de mimbre donde están las cosas para planchar, pero ella, ella no volverá. Ni tampoco va a poder disfrutar más de las esculturas y obras de arte: arte y sabiduría que había heredado de su padre, Antonino.

No sé por qué la orfandad por el fallecimiento de una hija, de un hijo, es una emoción perenne antinatural. Quizá porque has sentido la emoción de quedarte encinta. De notar sus movimientos dentro de tu barriga. Te has reído sin llegar a conocer su cara ni por ecografía. Te has abierto entera para parirla mientras sentías el dolor que desgarraba tu cuerpo, pero que se borró para siempre cuando ponen al bebé sobre tu pecho. Y lloras de alegría y la besas, y le das de mamar de tu propia leche y la acaricias, le cantas, la meces. Y mientras duerme, ves con claridad la inocencia personificada, algo que solo existe así en la cara de un bebé. Le enseñas a caminar, curas sus heridas, te preocupa que se alimente bien, de llevarle la merienda a la salida del colegio, de enseñarle a montar en bicicleta. Le riñes ante un mal comportamiento. Porque es tu hija y tú la educas, tú la cuidas, tú la amas tanto que ni el propio Dios, quien se la ha llevado, crees que la querrá tanto como tú. Por eso, y por mucho más, una madre nunca superará la ausencia de su hija. Porque lo que siente una madre a lo largo de su vida por un hijo…, esos sentimientos…, esos sentimientos son los que te dan motivos para vivir. Los que han provocado en ocasiones un suspiro, otro gemido o aquel contento. Y nadie, nadie más que tú vio cómo su vida se llenaba de una gloria que nació contigo al ser madre, a la que es difícil

sobrevivir cuando ese motivo, esa hija, fue arrebatada de tu cuidado. Por eso es antinatural que una madre subsista a sus descendencias. Nosotros les damos la vida y si Dios se los lleva delante de nuestras narices sin explicación ninguna que justifique semejante crimen, su privación nos la quita a nosotras.

No existe una identificación específica, una palabra exacta en la Real Academia de la Lengua para definir al padre o a la madre que hayan perdido un hijo. Ignoro a qué se debe semejante abandono lingüístico que nos obliga a los demás a hablar entre susurros y de espaldas a quienes llegan de forma circunstancial a su entorno de amistades o relaciones sociales, a decir: «es que se murió su hija». Como si ellos no intuyeran, no tuvieran la certeza de que quienes lo sabemos se lo confesamos en voz baja a los que llegan de nuevas. Y así, un tema censurado. No se habla de ella y punto. Pero es que no hay una palabra precisa que lo explique. Tenemos resuelto el problema para puntualizar si se es huérfano de padre o madre, pero padecemos la mudez para poder decir claramente que esos padres perdieron a su hija o a su hijo. Mientras no exista tal nomenclatura, la definición es esa: Pili, Antonino, María José o Ángel, padres a los que se les ha muerto su hija, diremos que viven en una permanente ausencia ante la que se ven obligados a disimular su dolor interno contra cada gesto que realicen en su día a día. Lloran cuando entran en su habitación esperando encontrarlas para hablar con ellas o reñirles porque su ropa está desordenada por el suelo. O interesarse por dónde va y con quién, ya que hace tan solo dos días que acaba de regresar de otro viaje. De preocuparse por las compañías que tiene y la influencia que le aportan.

El dolor de una madre o un padre que ha perdido a su hijo, a su hija, es un tema tabú socialmente. Puedes hablar y hacer tertulia sobre cómo murió tu padre o tu madre, pero a la sociedad le cuesta hablar ante alguien que vio morir a su retoño. Da igual la edad a la que falleciera, lo grave es que se ha muerto antes que tú. Una madre, un padre «deshijado/a» es un ser errante cargado con una condena de la que nunca se podrá desprender y ante la

que se sentirá culpable de no haber hecho, como progenitor o progenitora, lo imposible. Pero para su consuelo diré que ellos fueron padres de Marina y de Macarena, a quienes les dieron toda su dedicación, su amor, y que es la vida, la puñetera existencia, quien designa esa barbaridad de llevarse, antes de tiempo, a quien debía quedarse en la tierra, ya que en el cielo ¿qué falta le hace a Dios? No hay nada más insoportable que sobrevivir a tus propios hijos, quienes deberían enterrarte a ti y no tú a ellos. Es una injusticia inmortal que llevarán hasta el último minuto de sus días y con hondo dolor transitarán disimulando, públicamente, cada segundo de su vida. Tiempo que está siempre marcado por la ausencia, pero que disfrazan con la imaginación de creer que están de viaje. Pero el frío de la certeza les tralla el corazón cuando despiertan de tal ensoñación para percatarse de que ese presunto viaje no tiene fecha de retorno. Macarena, con sus ojos azules y veintiún años, cruzó el arco tallado por su propio nombre sevillano, sanluqueño. Y Marina, de treinta y nada, se ha ido a navegar más allá de la mar de su propio nombre. Ambas flotan entre nosotros en su cielo, el mismo que nos cubre a todos quienes las amamos.

Gitana

Mi primer recuerdo de lo que es un gitano me lleva a esbozar el dibujo de una hilera de burros tirando unos carromatos con el techo en forma de arco cubierto de telas de lunares de diferentes colores. Escasamente podía ver a los seres que se transportaban en su interior, pero siempre había delante un hombre que daba leves azotes al animal para que este mantuviera el ritmo parsimonioso de la caravana a pesar de la sinuosidad de la carretera. Lo más que alcanzaba a ver eran algunas piernas que se dejaban colgar en la parte de atrás, sobre todo piernas *renegrías* con pies descalzos de niños. Y como

colofón un perro o tres atados por una guita al carricoche. Su paso generaba cierto silencio entre las personas que estaban a mi alrededor. Era como si la gente se salvara de algún peligro conteniendo la respiración. Los gitanos, entonces al menos, estaban asociados a la malignidad, a la trashumancia, a la vida provisional, a los churros de las ferias y fiestas de los pueblos, al cante de voces y palmas de manos sucias.

He de confesar que mi experiencia con los gitanos es tan terrible como maravillosa. Los mejores gitanos que he conocido durante mi vida los he disfrutado en Andalucía porque de ellos y por ellos he aprendido el más puro de sus artes y la más sincera de sus formas de vida. Pero la experiencia terrible que de ellos tengo hoy… hoy no toca.

Verán: los gitanos tienen unos orígenes ancestrales que surgen del centro de Europa, quizá más allá y rocen la frontera rusa. De allí venían y con ella traían inherente su clase y tradiciones. España ha estado siempre habitada por gitanos y hoy es el día en el que aún no son aceptados como un payo más. Bien es cierto que ellos mantienen sus esencias, con las que nosotros, los más avanzados, no coincidimos. Es el caso de que en nuestro país se permita a un sector importante de nuestra sociedad que se case por conveniencia, pacto o «arrejuntamiento prematuro» a una niña menor de edad con un muchacho al que ha de deberse en cuerpo y alma el resto de sus días. El macho es quien manda, y ella, haga lo que haga, así se lo consentirá. Se casan vírgenes, muestran su sangre desvirgada en un pañuelo público, las fiestas son de varios días y más noches. Los hombres mandan, las mujeres obedecen. Eso, por ejemplo, mi hija no lo entiende. Me dice que imploramos que a una niña afgana, por ejemplo, se le libere de tener que verse casada con un hombre a quien no conoce con una edad que triplicaría la suya y resulta que en nuestra propia tierra, en muchos casos, entre la cultura gitana eso se sigue produciendo. Una mujer educada, exclusivamente, para servir al hombre. Pues mire. Yo no digo que no haya mujeres que decidan por su propia voluntad dedicarse de lleno a su hombre, casa

y familia, si así lo hace porque es su decisión, me parece absolutamente defendible. Pero no que en la cultura gitana sea casi una obligación y se señale o se vean recriminadas o expulsadas del grupo aquellas que quieran tener los mismos derechos que sus hermanos varones cuando los padres gitanos escolarizan a sus hijos.

Me produjo una gran alegría dar con el Manifiesto de Alexandrina Da Fonseca, que es presidenta de la Asociación Arakerando de Alicante, y poder conocer su historia. Gracias a su educación y posterior valentía ha podido contar su vida. Alexandrina nació en Portugal bajo la educación de un padre gitano, pionero por tener una visión de la sociedad basada en la reflexión de la realidad, en la convicción del propio pensamiento y en la libertad de ideas para encauzar y conducir cada uno su propia vida. Su padre educó a sus hijas igual que a sus hijos y ella se lo agradece enormemente. Cuenta Alexandrina que su padre siempre le decía: «Ser uno mismo es lo más importante. La vida es un viaje y uno se lo quiere pasar lo mejor posible, pero no sabe si va a volver». Alexandrina estudió en el Liceo de Lisboa, viajó mucho con sus padres, por lo que pudo conocer multitud de culturas. Su padre no quería que vivieran en barriadas, sino en el mundo. Su herencia, continúa contando, no solamente fue luchar por la igualdad de oportunidades, sino luchar en igualdad de oportunidades. Alexandrina, gracias a su educación privilegiada entre la gitaneidad, ayudó a muchos gitanos a que aprendieran a leer o a escribir cartas que necesitaban enviar. Mientras ella hacía de escribana, su abuela cocía en grandes ollas alimentos para la gente que hacía cola para que Alexandrina les ayudase. Ella ya había emprendido un camino sin retorno hacia la cultura y la libertad. En el manifiesto *La mujer gitana en el siglo* XXI se nos facilitan los datos de cuándo los gitanos han tenido algún apoyo social y para eso hay que echar la vista a los años setenta, cuando la Iglesia empieza a contar con su colaboración y da luz a su existencia. Se creó el Secretariado General Gitano de la mano de la Iglesia católica, dice, y es cuando empiezan a surgir otras asociaciones. En 1990,

y esto lo considero muy importante, Alexandrina destaca la creación de la primera asociación femenina de mujeres gitanas, la Asociación Romí de Granada, entonces presidida por Dolores Fernández, la primera mujer de referencia en el mundo gitano. Hay más nombres de mujeres gitanas que lucharon y luchan para que puedan ir a la universidad y luego poder incorporarse al mercado laboral o incluso crear sus propias empresas. Pero para ello necesitan el apoyo institucional, para lograr reunirse en centros donde planificar sus objetivos y poder, ellas también, conciliar la vida laboral con la familiar. Un observatorio permanente para defender la imagen pública de las mujeres gitanas también es otra de sus peticiones, así como su integración en sindicatos, asociaciones, en la política y en cualquier ámbito de nuestra sociedad. Son catorce puntos a través de los que sueñan con ser escuchadas, ya que han estado siglos sin voz. Esperan que sea ahora cuando puedan romper con la imagen establecida e incluso con las costumbres implantadas por los propios gitanos. Alexandrina, como Dolores Fernández, Pilar Clavería, Rosa Vázquez y otras mujeres gitanas valientes podrían ser, perfectamente, las dueñas de aquellas piernas renegrías que colgaban de la trasera de los carromatos, que deseaban bajarse de ellos para emprender su propio camino: en libertad y pleno derecho a la igualdad de la que nosotras disfrutamos.